

Patrimonio y Memoria

Comité Editorial

En la tarea de presentar los siguientes artículos, hemos decidido inclinarnos por entender al patrimonio como una construcción compleja que se plantea, de modo indivisible, respecto de la noción de memoria. Aún más, lo concebimos como un soporte de memoria, como una especie de antología de identidad que se pone en juego respecto a grupos sociales, proyectos de comunidad e iniciativas de distinta índole. Es por ello que, en términos sucintos, podemos decir que el patrimonio es una construcción de visita constante que se materializa de distintos modos en la sociedad.

Sin embargo, ¿qué entendemos a la hora de pensar al patrimonio como un ámbito en permanente visita? ¿Dónde identificar los elementos que tornan al patrimonio un espacio canalizador de destinos y una fuerza atractiva de anhelos y miradas? La respuesta a estas interrogantes la podemos apreciar en la configuración de lo patrimonial como el terreno de un fértil combate por la manifestación de una memoria que se manifiesta a partir de disímiles y complejos soportes. Valga hacer una mención etimológica al respecto, donde quizás sea atinente volver a los usos latinos de la voz patrimonio (*patrimonium*), entendida como una posesión que opera en cuanto vinculación. Es decir, y guiándonos por este significado, hablamos de patrimonio como aquellos “bienes que se poseen de los padres”. Conexión vinculante, conexión entramada y

conexión de suyo genealógica. Entonces, ¿cómo entender de modo inocente a ese puente que significa nexos, pertenencia y precisión de un lugar de una historia, acaso de un linaje?

Pensar el patrimonio es pensar las facultades y los roles que diversos actores juegan a la hora de fomentar o fraguar las relaciones de identidad de sujetos y comunidades. Dicho en otras palabras, la opción y la posibilidad incluso de representarse a sí mismos y representar a los demás. Es por esto que la noción de patrimonio implica, de un modo u otro, acometer el ejercicio que se orienta a indagar en las fibras centrales que rozan las ideas de “nación”, “Estado”, “ciudadanía”, “identidad” o “localidad”. ¿Dónde poner el énfasis y qué expresiones de la memoria rescatar para hablar por colectividades de sujetos? ¿Quién y cómo se configura lo que asumimos como “nuestro” conjunto de posesiones? En resumidos términos, ¿Qué clase de expresiones dicen lo que somos a la hora de hablar de nuestra historia y anclarnos la cadena de prácticas y discursos que ella abarca?

En este sentido, es donde *memoria* y *patrimonio* forman una simbiosis en el dominio de la disputa y la constitución de representaciones de identidades. La memoria, marco siempre re-configurador de experiencia, recubre un rol fundamental por cuanto ella está en la base de las maneras de articular las representaciones sociales y espaciales en las cuales los sujetos se vinculan. Mientras que el patrimonio, por su parte, nos retrotrae, irrigado de las aguas de la memoria, a la constitución de aquello a

lo que adscribimos o de aquello a lo que nos insertamos por cuanto empleamos, deliberadamente o no, el patronímico de lo ‘nuestro’.

Para este número de la revista *Nuestra Historia*, hemos escogido tres artículos que invitan a problematizar respecto a estas dos aristas, al tiempo que se ocupan por hacer una reflexión sobre los soportes y las modalidades de éste.

La primera de estas formas acude a partir del texto de Luis Reyes Konings –“Hacia el futuro en libertad. Conmemoraciones postales del Golpe de Estado en Chile”– en cuyo texto, el autor nos acerca a la problematización del patrimonio entendido en cuanto construcción gubernamental. En torno a este ámbito, la noción del patrimonio gubernamental estaría entrelazada íntimamente con aquellos procesos discursivos que se insertan en el campo de las relaciones que las naciones establecen como ‘comunidades imaginadas’. El trabajo de Reyes se proyecta sobre este tópico a través del testimonio material de las estampillas conmemorativas del Golpe de Estado en Chile para extender, en último término, una reflexión sobre la conexión entre la representación patrimonial y los vaivenes de las disputas por la memoria. Existiría, pues, a partir de la emergencia de un Estado redimido y redentor que se erige tras el Golpe, una posibilidad para pensar, como reza el título del artículo, el futuro en libertad.

La propuesta de Reyes revaloriza un soporte tan aparentemente cotidiano, doméstico e inocente como las estampillas postales

para encauzar una reflexión sobre los modos de dominación o de configuración de patrones ideológicos. Desde este punto de vista, lo expresado por Reyes nos permite rescatar la dimensión más material y práctica del ejercicio del poder, el cual sólo es tal en la medida en que deviene acto. Es difundiendo, produciendo y representando como Reyes entiende los sustentos que vivifican la maquinaria de la producción del sentido nacional.

Tomando en cuenta este último punto, el artículo nos ayuda a pensar el patrimonio como una disputa por desterrar una concepción naturalizada de éste, vivificándola en torno a la existencia social de las manifestaciones que lo componen. En ese sentido, rescatamos el ser social del mundo patrimonial que ha sido evocado por las nuevas aristas que propone la re-visita de Reyes a la hora de comprender lo que son, en última instancia, los procesos de legitimidad de las estructuras políticas de las sociedades contemporáneas.

Respecto a lo anterior, el artículo de Cristóbal Bize y Nicolás Holloway —“Escuchar la memoria. Ensayo de metapsicología materialista”—, nos lleva hacia la consideración del desvelamiento y el rescate de los testimonios de memoria como una forma de disponerse en torno al campo de las batallas por el sentido patrimonial de las sociedades. ¿En dónde estriba el rol y la presencia de las subjetividades más particularizadas cuando hablamos de la constitución del ‘nosotros’ patrimonial? ¿Pueden ser los recuerdos, las vivencias y sus narraciones parte de este repositorio antológico de sentido que denominamos ‘patrimonio’? ¿Son expresiones legítimas a la hora

de hablar por una comunidad y aportar imágenes, impresiones o rasgos de ésta? En última instancia, ¿qué lugar ocupa la misma subjetividad individual en la constitución del cuerpo canónico de estas expresiones? La propuesta de Bize y Holloway optará, así, por focalizar el transcurso de esta configuración desde el punto de vista de la vida psicológica materializada en una serie de sujetos. El rescate emprendido por los autores comprende a los mismos sujetos inmersos en los procesos históricos, para luego proyectar la reflexión hacia el problema de cómo se han ido constituyendo y cómo se siguen conformando los estudios, profesionalizados o no, que apuntan hacia el rescate de los soportes de memoria.

Con ello, la experiencia que Bize y Holloway nos ofrecen, invita al replanteamiento desde el dónde se efectúa esta idea de visita que hemos ido bosquejando. En otras palabras, ¿en qué intersticios se subsume hoy en día la memoria profesionalizada? ¿Es ya sólo factible una vía académica de los debates sobre la memoria? La experiencia de ONGs y diversos grupos atentos a este asunto nos permite considerar que la propuesta de ambos autores enhebra un punto de encuentro entre patrimonio y memoria.

No obstante, el cruce de vida material y psicológica se encuentra velado si es que no consideramos un factor de suma relevancia a la hora de concebir estos procesos relativos al patrimonio y la memoria: se trata del espacio, o, más bien, de los espacios y su sustento de legitimidad en torno a las dinámicas que venimos reseñando.

En este contexto, el artículo de Dina Camacho –“Voces ciudadanas: construcción de un imaginario urbano santiaguino a través de relatos en 100 palabras”–, nos remite, esta vez desde un soporte de tipo literario, a una lectura sobre la construcción social de las espacialidades en las que se determinan y se configuran una serie de identificaciones de sentido. A través de una revisión de los cuentos del concurso chileno “Santiago en 100 palabras”, Camacho ha acometido la empresa de identificar algunos de los aspectos que ayudan a legitimar ciertos monumentos, lugares, territorios, instituciones, gestos o personalidades, como parte de esta construcción selectiva que es el patrimonio. ¿Qué hace a las sopaipillas santiaguinas, evocadas en el cuento “Dostoievski”, el acontecimiento culinario legítimo para hablar de una ciudad entera que abraza en su seno el rotundo (des)encuentro de comunidades y subjetividades?

La exploración de Camacho viene a resituar la disputa sobre ‘lo nuestro’, ahora desde el pandemonio de las prácticas, los ritos y las señales para ofrecer otras aristas sobre la conformación de estos procesos que, a veces de modo imperceptible, van configurando representaciones mentales sobre ciudades, territorios e, incluso, sobre los rituales que entran a los sujetos. Es por ello que nos parece que este artículo es un testimonio interesante a la hora de re-leer al mundo literario en su cotidianeidad.

Quisiéramos finalizar reflexionando sobre cómo estos tres artículos, desde distintos soportes y entramados teóricos, nos permiten

comprender el patrimonio y la memoria como campos siempre abiertos al conflicto, la disputa, la innovación y la imaginación. En última instancia, se trata de articular la situación de quien escribe a la hora de concebirse como sujeto actuante de esta serie de dinámicas.